

# Dios como invitación a florecer. El salmo 8 y la vida consagrada

Víctor Herrero de Miguel, OFM<sup>Cap</sup><sup>1</sup>

SUMARIO. 1. EL POEMA; 2. ALGUNAS NOTAS DE LECTURA; 3. DEL POEMA A LA VIDA.

El libro de los salmos –bienvenidos al misterio de la poesía– se parece a una gran escalinata en la que se contiene todo lo que una vida humana puede experimentar. No es extraño que la tradición de Israel adjudicase a David –paradigma de la ambigüedad de los mortales– su autoría. David, el pastor, el músico, el prófugo, el soldado, el bailarín desnudo... sería también el arquitecto de estos ciento cincuenta peldaños que –en camino ascendente y de bajada, con fatiga y con tropiezos y, en ocasiones, con la feliz levedad de un ave– recorre el ser humano en su camino por la vida. Más allá de la verosimilitud histórica, es una verdad simbólica (y, por eso, superior a la de la historia) pensar en el padre de Salomón como autor del salterio. Todo lo que

---

<sup>1</sup> Capuchino. Universidad Pontificia Comillas. Miembro del Equipo de Teólogos de la CONFER.

él habría experimentado –que coincide con todo cuanto en la vida se puede experimentar– estaría presente en sus poemas.

Abrigados por esta manta de universalidad, nos disponemos a sumergirnos en el salmo 8, uno de los salmos más bellos. Lo hacemos desde la convicción de que cuanto en él se dice acerca de la vida humana sigue siendo una brújula para orientar nuestros pasos en la aventura del vivir.

Nuestro modo de proceder será el siguiente. En primer lugar, encontrará el lector una traducción propia del poema. Persuadidos de que traducir es leer con admiración un original cuyas maravillas nos superan, ofrecemos una versión que quisiera al menos suscitar el deseo de conocer mejor el enjambre de sentido que el texto hebreo encierra. A continuación –y en una lectura orientada al tema que nos anima–, nos atrevemos a delinear ciertas claves de significación de la pieza. Por último, y con la humildad de quien se sabe recorriendo con pies desnudos el camino del cual se permite hablar, haremos una propuesta concreta sobre la vida consagrada en relación a lo que el salmo 8 nos dice acerca de la vida humana en general.

## 1. EL POEMA

<sup>1</sup>Yahveh, dueño nuestro,  
¡cómo resuena tu nombre en toda la tierra!

<sup>2</sup>Quiero alabar tu generosidad en lo alto de los cielos  
con la boca de los niños de pecho.  
Has cimentado un baluarte frente a tus adversarios  
para silenciar al enemigo rebelde.

Cuando contemplo tu cielo, obra de tus dedos,  
la luna y las estrellas que has creado,  
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,  
el hijo de Adán para que te ocupes de él?

Lo has hecho poco menos que un dios,  
de gloria y esplendor lo has coronado,  
le has dado poder sobre las obras de tus manos,  
todo lo has sometido bajo sus pies:

ovejas y toros en masa,  
también las bestias salvajes,  
las aves del aire, los peces del mar,  
que perfilan caminos en los mares.

Yahveh, dueño nuestro,  
¡cómo resuena tu nombre en toda la tierra!

## 2. ALGUNAS NOTAS DE LECTURA

Se trata de un poema muy bello, compuesto con la delicadeza con que se realiza un trabajo sobre un material muy frágil. La hermosura, que es difícilmente contenible por frontera alguna, escapa aquí incluso de los límites del tiempo y, cargada de siglos, llega a nosotros vestida de contemporaneidad. Parece casi cuanto ahora oímos ha sido escrito ayer noche y, limpio como nieve no pisada, abre un camino para nosotros. Hay algo de regalo en la recepción del poema, la invitación que toda poesía nos hace a volvernos como niños y entrar en la puerta estrecha de la lógica de la gratuidad, la de quienes atesoran el don de recibir, el don más alto.

El lenguaje –que es la materia que modela el poeta– aparece aquí, en efecto, en la forma de un tesoro que se ha recibido y se quiere regalar. Se trata de un conjunto de palabras sencillas y en cuyas conexiones descubrimos que hay apenas unos metros entre el poema y la vida, puesto que, cuando es verdadero, la distancia que separa a la vida y al poema consiste solo en esa mínima lejanía necesaria para que el poema, dentro de la vida, ocupe su lugar.

Al introducirnos en sus adentros, comprobamos que la pieza inicia y termina con un mismo estribillo: *Yahveh, dueño nuestro, / cómo resuena tu nombre en toda la tierra*. Lo que esto significa al principio y lo que significa al final no es, como veremos, exactamente lo mismo: entre un lugar y otro ha tenido lugar un tránsito, una evolución. Es muy interesante comprobar que las mismas dinámicas de construcción de significado que encontramos en el poema las hallamos también en la vida. Si allí son las palabras las que se nutren de palabras, aquí son los hechos los que, alimentándose de cosas sucedidas, generan la posibilidad de que una misma acción, en momentos y situaciones distintas, signifiquen de igual modo cosas diversas.

Al inicio (v.2) estas palabras nos ofrecen la clave de lectura del poema. Son, como la anotación al inicio del pentagrama, el anuncio de cuanto ha de sonar. Nos sitúan ante un ejercicio de contemplación



de un espacio (*toda la tierra*) en el que se descubre una presencia (*tu nombre*). Conviene detenernos un momento en este punto y, dejando a un lado cuestiones lingüísticas que rebasan cuanto ahora nos proponemos, explicar que la traducción que ofrecemos no es a la que el lector está acostumbrado. Donde las traducciones al uso hablan de un campo visual (*qué admirable es tu nombre*), elegimos nosotros el campo auditivo (*cómo resuena tu nombre*). Las razones son varias: 1) la posibilidad que el original hebreo (*adiri*) nos brinda de traducir así, 2) la mayor coherencia que lo auditivo presenta respecto a lo visual (la grandeza del nombre no es su figura sino su sonido), 3) la lógica interna del poema (el nombre resuena en los nombres que el poema irá nombrando).

El poema se sostiene en el juego que se va creando entre la imagen y el sonido, entre la voz y la forma. Los ojos del poeta, recorriendo cuanto alcanzan a ver, se convierten en himno que agradece: *quiero alabar tu generosidad en lo alto de los cielos*. Lo que el yo poético ha comprendido es que la realidad entera es un don, un regalo que se pone en nuestras manos y equivale al hecho mismo de vivir. El original hebreo, es cierto, habla de *grandeza* (que es lo que estamos acostumbrados a escuchar en este verso), pero nos parece mejor que la grandeza que se percibe es la grandeza que se percibe regalada y, por eso, es mejor traducir así: *generosidad*. El generoso, aunque entregue una moneda de un céntimo, entrega un tesoro, pues en aquello que da se entrega siempre a sí mismo. El generoso se despoja, se desposee. Este acto de dación material como vector que apunta a otra entrega, a la auto entrega, es lo que capta la mirada y expresa la voz poética que encontramos en el salmo.

Hemos de imaginarnos la siguiente escena: el poeta, tumbado en una superficie cómoda –una alfombra natural de hierba– apoya sus manos debajo de su nuca y, en una noche limpia, observa el cielo poblado de estrellas. Su mirada llega hasta el punto de mayor altura y allí, en el vértice nocturno de la sábana del cielo, localiza el origen del milagro: *tu generosidad*. ¿Por qué existe aquello que podría no existir? ¿Por qué brilla? ¿Por qué puede ser captada la fuente del asombro? ¿Y qué sentido tiene que, a la vez que nos vacía, la existencia nos

desborde? Es imposible no recordar las palabras de un salmista de nuestros días, Eloy Sánchez Rosillo: *El mero estar ahí de cada cosa / es suficiente luz, signo bastante.*

El v.3 desarrolla de manera inteligentemente delicada todo lo anterior. Destaca el cambio súbito y total de localización: de *lo alto de los cielos* (lejanos, inconmensurables) pasamos a *la boca de los niños de pecho* (cercanos, pequeños). Se trata, en realidad, de marcar una asimetría para ofrecer una correspondencia perfecta. Entre la apertura irrestricta del cielo y la circunferencia mínima de la boca de un lactante existe una relación especular, pues en la pequeñez del rostro se refleja la inmensidad del cielo, su misterio. Es más, la boca del poeta, abierta en dirección al cielo, se convierte ella misma en cielo que absorbe cuanto el cielo mismo es.

La perfección de la imagen se logra no solo por este prodigio formal, sino por aquello a donde apunta: la desnudez del agradecimiento, su forma pura y sin máscaras. Un niño recién nacido o de pocos meses, que es la piel en la que se pone el poeta, carece de la capacidad de fingir o de impostar el agradecimiento. Es más, no puede siquiera formularlo. Su única forma de agradecer es recibir, saciarse, hacer del don una fiesta. Imantada por el pecho que la atrae, la boca del lactante agradece siendo boca de un niño que precisa cuanto el pecho le ofrece. La suya es la presencia pura, el agradecimiento sin manchas.

Basta un leve movimiento de trasposición –ir desde la analogía hacia aquello que le sirve de base– para comprender mejor cuanto el poema expresa. Conviene, para ello, primeramente recapitular: 1) el nombre de Dios resuena en el mundo, luego contemplar el mundo es escuchar su nombre, 2) la grandeza revela la generosidad, 3) cielo y boca (mundo y hombre) no son realidades opuestas, sino complementarias, 4) agradecer consiste en ser. Trazado este camino, es más fácil transitar por él hacia donde el poema apunta: la alabanza. Es esta la intención declarada del poeta: alabar, con la boca de un niño, la generosidad de Dios. Se trata, por tanto, de una alabanza muda o, mejor dicho, de un acto de alabanza conscientemente vaciado de consciencia, que coincide en plenitud con la desnudez del ser.



Dicho esto, contrasta fuertemente lo anterior con el salto abrupto al que nos somete ahora el poema: *Has cimentado un baluarte frente a tus adversarios / para silenciar al enemigo rebelde*. ¿Quién es este sujeto y en qué consiste este baluarte con que Yahveh se defiende de él? Las respuestas que las generaciones de lectores del salmo han dado a estas preguntas son muy numerosas. En lo que toca a la primera cuestión, podemos resumirlas en dos: 1) el enemigo hace referencia a un rival celeste al que Yahveh, en una lucha teogónica, ha vencido, y 2) el enemigo es el ser humano que no acierta a descubrir la presencia de Yahveh o que, descubriéndola, no orienta su vida hacia Él. En uno u otro caso, la contraposición con el niño que se nutre del pecho de su madre es muy marcada. Él, al contrario que el enemigo (al que se le supone fuerza y autosuficiencia), es un ser vulnerable al que otro ser ampara. Su lenguaje es la pura recepción de cuanto su madre le ofrece. Vive para recibir. Y su vida es, por la confianza en la que se asienta, alabanza. Esa desnudez, esa vida amparada y receptora es la defensa de Dios contra los ataques del enemigo. Todo obedece a una lógica inmutable: si agradecer es recibir y atacar es vivir oponiéndose a la entrega, responder al ataque consiste en, más inerte todavía, recibir aún más y acrecentar también más el gozo de cuanto llega.

En otro vuelo veloz, en este caso ascendente, subimos de nuevo a la órbita del cielo (v.5), un cielo nocturno con luminarias que lo adornan. La delicadeza poética que aquí encontramos consiste en subrayar que el puzle celeste ha sido hecho no por *las manos* de Yahveh (traducción que, por desgracias, encontramos con frecuencia) sino por sus dedos. Se trata de un trabajo fino, atento, lleno de amor, que requiere de la precisión de quien enhebra una aguja, pule el ángulo de un cristal o talla un detalle en un centímetro de madera. Así trabaja Yahveh en el taller de la vida. El mecanismo de atenuación (el cielo convertido en boca, la mano que se contempla en cuanto dedo, la alabanza que se expresa en la presencia pura del vivir) funciona a las mil maravillas, pues cuanto más pequeño es lo que se nombra más destaca la infinitud de aquello a lo que se refiere. Es como si para pintar el Amazonas nos mostrase el lienzo la proa apenas de una embarcación que, en la

lejanía, afronta una curva en el agua tras la que se insinúa la trayectoria –abierta hacia el horizonte– del río.

Los cuatro versos que vienen a continuación (5-9) los dedica el poeta a la descripción del *enosh*, el ser humano del que él mismo es una encarnación concreta. La pregunta por la identidad humana –y esto es importante queda enmarcada aquí en el ejercicio admirado y agradecido de contemplación. El que mira y alaba siente, mientras mira y alaba, que él mismo forma parte de cuanto ve, que él mismo es también, por tanto, instrumento, razón de ser de la alabanza. Tal actitud franciscana es la que guía al poeta en su ejercicio de introspección. Qué es el hombre equivale, pues, a decir *quién soy yo*: quién soy yo que vivo y miro y canto.

El juego de palabras es, en este punto, pleno de significación. *Yahveh*, dice el v.6, ha hecho del *adam* casi un *elohim*. El triángulo que trazan estos nombres crea el espacio en el que vive el ser humano: un ser de tierra (*adam*) que ha sido lanzado hacia el mundo de los dioses (*elohim*) por el dios que se le ha revelado (*Yahveh*).

A este ser ha dado Yahveh, según el poeta expresa, la capacidad de convivir con el resto de seres (domésticos y salvajes) en una posición de privilegio, que consiste –según hemos de inferir de la lógica del poema– precisamente en la capacidad de contemplarlos y admirarlos, de ser poeta en el poema de la creación: *ovejas y toros en masa, / también las bestias salvajes, las aves del aire, los peces del mar, / que perfilan caminos en los mares*. Existe un orden en la contemplación y en el ejercicio de convertirlo todo en palabras. Un orden, digámoslo con más cuidado, disponible en múltiples maneras de ser captado. Entre los primeros animales que se nombran (ovejas y toros) y los últimos (*los peces*) que contrastan por el medio en que se mueven pero se parecen en la manera gregaria en que lo hacen, aparecen los seres que habitan con mayor libertad el mundo: las bestias en la tierra y, en el aire, las aves. Precioso –es imposible no decirlo– que el salmista, por el profundo placer que le otorga la fiesta del lenguaje, escriba, tras la mención de las aves y los peces, la siguiente glosa dedicada a estos últimos: *los que perfilan caminos en los mares*. ¿Y si pretende tan solo



que las palabras suenen, que las sílabas tracen en el aire los caminos que los peces perfilan en el mar?

En el poema, si lo miramos con ojos de geómetra, existen tres espacios. En lo más alto, el cielo y los astros que lo habitan. En la mitad, el ser humano, nombrado en tres partes importantes de su corporalidad: los ojos que contemplan, la boca que recibe y alaba, los pies que pisan la tierra. Y, debajo del hombre, los seres que el poema nombra: ovejas, toros, bestias, aves y peces. Se trata de tres órdenes que son atravesados por varios hilos. Veámoslo.

En primer lugar, la invisibilidad, puesto que invisible es el acto de donar e invisibilizado queda también en el poema el acto del agradecimiento, superpuesto a la pureza, como hemos dicho, de un acto superior: el del vivir. En segundo hilo que mantiene enhebrado todo es el de la gratuidad, que se expresa al inicio del poema en lo que tiene que ver con cómo es Dios con todo lo creado (*tu generosidad*) y, desde entonces, corresponde al lector extraer las consecuencias de esa lógica, ya que si lo que hay arriba es gratuito, cuanto desde lo alto se precipita también lo es. Por último –y aquí se urde la cohesión definitiva y plena– la libertad, que el creador concede a la criatura humana y que invita a descubrir en el orden de lo creado, trazando así las líneas de un modo de relación.

El último verso del poema retoma, como dijimos, el inicio del mismo. Pero, como también dijimos al inicio, lo que aquel verso inicial significa y lo que las mismas palabras significan ahora no es lo mismo. *Yahveh, dueño nuestro, ¡cómo resuena tu nombre en toda la tierra!* Al inicio, esta invocación gozosa nace de cuanto existe fuera del poema, es decir, de la realidad que el poeta capta y transforma en voz. Ahora, al final de la pieza, se han ejecutado algunas transformaciones invisibles. En primer lugar, *toda la tierra* incluye un espacio más, que antes no existía y ahora sí: el poema, este fragmento de mundo que condensa el mundo de afuera. Y, en segundo término, el nombre de Yahveh tiene ahora, también en el poema, un espacio más en donde resonar, un altavoz sonoro que lo proclama.

### 3. DEL POEMA A LA VIDA

Vayamos del poema a la vida, que es su fuente y, aunque parezca extraño, su expresión. Porque es cierto: el poema se expresa en la vida de manera semejante a como la vida lo hace en el poema. Pero para que el tránsito no sea demasiado brusco, pasemos antes por el cine, que –en ocasiones, ¡y benditas sean!– es otra forma de la poesía.

Me dura todavía en el cuerpo la alegría que me produjo la última cinta de Wim Wenders, *Perfect Days*. La vi tres veces, en tres semanas consecutivas, la última de ellas solo y libreta en mano, en creciente y casi interminable captación de maravillas. Se cumple, en cada minuto de metraje, la preciosa definición que el poeta ruso Yevgueni Yevtushenko realizó de la poesía: *educación de la delicadeza en el arte de vivir*. El protagonista, Hirayama, es un maestro de delicadeza. Cumpliendo a la perfección su trabajo (y una perfección que, dada su alegría, transforma en himno), que consiste en limpiar los baños públicos de Tokio, su vida se centra en es recibirlo todo, contemplarlo todo, convertirse en peana, en asiento, para que lo más mínimo sea visto y llegue limpio a la pupila de los demás. Se trata de alguien que se despierta por las mañanas e inhala, cada mañana, una bocanada de aire fresco, y toma café, y se monta en su furgoneta y pone cintas y canta las canciones –música americana de los años 70 y 80– y sonrío. En el descanso de su trabajo, acude cada día a comerse un bocadillo delante del mismo árbol, a ver cómo el sol se filtra por las mismas hojas, toca las mismas ramas y hace visible el mismo césped. Y se encuentra con personas, que a veces son las mismas y a veces son distintas. Y descubre y acepta y se maravilla y ama.

Algo de lo que sucede en *Perfect days* quise yo escribir en un poema que, aunque anterior en el tiempo, pareciera haber sido compuesto al dictado casi de cuanto se ve en la pantalla. Se titula *Los matices de las cosas*, y suena así:

Pensemos los matices de las cosas  
muy despacio. Pensemos lo que importa  
con lentitud extrema, porque todo  
lo existente nos pide estar atentos  
y volcarnos. Pensemos las palabras,  
los prefijos que aportan a los verbos  
intensidad, volumen, casi, hondura.  
Y pensemos las letras que no suenan.  
Ante una flor, quememos nuestras naves.  
Detengámonos si se mueve un pájaro.  
Pensemos en la piel de quien amamos.  
Pensemos en la forma de la fruta.  
La mujer que secó con sus cabellos  
los pies de Cristo. Pensemos su llanto,  
el salado sabor de cada lágrima.  
Pensemos en la orilla de los ríos,  
en el peso del papel, en los ojos  
de los ciegos. Uno a uno pensemos  
en los olmos que hay en el jardín.  
Pensemos los matices de las cosas,  
las monedas que acuña el universo.

Entre el salmo 8, Hirayama (el protagonista de *Perfect days*) y los versos de este poema existe una continuidad que nombro así: la invitación a florecer. Para el salmista, es la captación de una gratuidad expansiva la que urge a quien la nombra a un modo de vinculación concreta desde una luz precisa: ser quien se está llamado a ser dejando que los otros sean y nutriéndose, al mismo tiempo, de su aventura. Para el limpiador de baños japonés, el florecimiento consiste en el cumplimiento impecable de una libertad, que se ejerce bayeta en mano o recibiendo las monedas de la vida en la mano que se abre ante todo cuanto encuentra. Para el poeta, a su vez, son los matices —es decir, los detalles a través de los cuales cada ser, cada cosa lleva su vocación a cumplimiento— lo que nos invita a hacer lo propio, a construir desde lo pequeño un camino de afirmación total, plena.

Tras el recorrido que hemos realizado –un salmo, una película, un poema de nuestros días–, surge en mí la pregunta que quizás se esté haciendo el lector: ¿y de la vida consagrada qué? ¿En qué ilumina todo lo anterior el camino de quienes hemos elegido esta forma de vivir?

Convencido cada vez más de la prioridad de lo implícito sobre lo evidente –que se corresponde a la prevalencia misma que, en el orden del ser, tiene *eros* respecto a  *pornos*–, me consuela pensar que los pasos que hemos dado no han sido del todo erráticos, pues cada una de las realidades percibidas en las páginas precedentes apuntan de forma más que clara a nuestro modo de vivir. La gratuidad, el agradecimiento, la alabanza casi inconsciente, la celebración del ser de los otros, el respeto a lo otro que en los otros habita, el cuidado de lo pequeño, la mirada himnica a la vida: todo, de una manera nada oblicua, nos está diciendo algo sobre nuestra opción, sobre la afirmación a la vida que, viviéndola celebrativamente, hemos todos nosotros realizado.

Ser flor implica saberse parte de un jardín, iluminado por una luz que a otros ilumina, nutrido por la fuerza subterránea que a los otros empuja también. Ser flor, en palabras de Christian Bobin, es proteger el sí esencial –precario y, a la vez, definitivo– con el arsenal de noes que nos han sido concedidos para que ese sí crezca, se vuelva hermoso, dé perfume a quien a él se acerca y regale, como lo hace la flor, ganas profundas de vivir.